



LA LUNA



H. aborners

Año 1884.



NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.
 Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
 No se admiten suscripciones para Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.
 Paquete de 25 números ordinarios, pe-
 setas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Advertencias.—Nuestros propósitos.—Antes y después.—Desde la Talanquera, por el Doctor Thebussem.—Un hecho notable de Pedro Romero, por Luis Carmena y Millán.—Los Pepe-Hillos, por José Sánchez de Neira.—Los toreros de antaño y los de ogaño, por Antonio Peña y Goñi.—Anuncio.

ADVERTENCIAS

Causas ajenas á la voluntad de esta Empresa impiden por ahora seguir admitiendo suscripciones para provincias.

Aquellos de nuestros lectores cuya suscripción quedó pendiente al terminar LA LIDIA sus tareas en el pasado año, recibirán en éste los números que complementen su abono.

Para las renovaciones, pueden dirigirse á los señores encargados de la venta de nuestra Revista en todas las capitales de provincia, los cuales fijarán el precio de suscripción; el de venta será, como en los años anteriores, 15 céntimos número ordinario, y 30 los extraordinarios, ó de doble tamaño.

Los señores corresponsales que hallen en descubierto con esta Administración, tendrán la bondad de mandarnos el saldo de su cuenta, antes de la publicación del 3.º número, evitando de esta manera las interrupciones en nuestras remesas.

Al siguiente día de verificada la primera corrida de abono, publicaremos nuestro segundo número, que contendrá la reseña de ésta y de la extraordinaria.

NUESTROS PROPÓSITOS.

Con el presente número extraordinario, inaugura LA LIDIA su tercera campaña. Durante dos años consecutivos hemos estado en relación constante con nuestros lectores. Somos, por tanto, conocidos antiguos y nos lisonjea la esperanza de que nuestras relaciones han de consolidarse cada vez más, porque estimamos que la inteligencia del pasado, será prenda segura de la que ha de reinar en lo porvenir.

No decimos esto á humo de pajas, sino para dispensarnos de circunstanciar en detallado programa, todo cuanto pensamos hacer en beneficio de nuestros favorecedores. La vida de una publicación artístico-literaria depende única y exclusivamente del favor del público, y este favor no puede

existir, sino en virtud del mutuo acuerdo de ideas entre el lector y el periódico.

Ya sabemos lo difícil que es reunir en una opinion general, los pareceres tan distintos de los aficionados al toreo, tanto más cuanto el espectáculo es de los que más enardecen el ánimo y dan margen al apasionamiento y al dualismo entre los que se dejan guiar por animadversiones instintivas ú optimismos injustificados.

En este concepto, nosotros hemos de estar siempre en el justo medio, dentro de los preceptos del arte de Montes y Pepe-Hillo, sin que nos muevan á sinrazón el clamoreo de los lagartijistas, ni los elogios ardentísimos de los partidarios de Salvador.

Juzgamos que es menguada la crítica que apela á deprimir al adversario para basar en arma prohibida la apología de un diestro cualquiera; no hemos de incurrir jamás nosotros en tan grosero error.

Y como obras son amores y no buenas razones, LA LIDIA será, desde hoy, vasto palenque abierto á todos los aficionados. Vengan aquí todos cuantos traigan algo que esclarezca una cuestión didáctica, ó deseen inquirir noticias, ó datos históricos, sobre cualquiera materia tauromáquica. Nosotros les abrimos gustosos nuestras columnas. Mucha concisión, mucha brevedad, y nada que tenga el más leve roce con la personalidad de los diestros. Esto es lo que pedimos, y esto es lo que esperamos, confiados en que los que nos favorezcan con sus escritos, sabrán siempre encubrir las rudezas del fondo, si las hubiere, con las formas dignas y corteses á que todos estamos obligados, á fuer de personas bien educadas.

Fuera de esta alteración importantísima que LA LIDIA lleva á cabo, en bien de sus numerosísimos lectores, seremos lo que hemos sido hasta ahora. Familiarizada nuestra clientela con el inspirado lápiz de Ferrant, Lizcano, Perea, Chaves, Gimé-

nez y otros reputadísimos artistas, no hemos de encarecer la importancia y belleza de los cromos que preparamos, ni la belleza é importancia de los trabajos literarios que verán la luz en esta tercera etapa de nuestra existencia.

Baste para formar idea de lo que será en adelante nuestra publicación, el cromo del presente número y los artículos y poesías de los distinguidos literatos que nos han honrado con su ingenio y á quienes rendimos el tributo de nuestra profunda gratitud.

Y séanos permitido hacer mención especialísima del ilustre doctor Thebussem, que al favorecernos con su preciosa epístola dirigida á Luis Carmena, Desde la Talanquera, nos ha hecho inolvidable é inapreciable merced.

El favor del público crece para nosotros de día en día. A par de esa tan honrosa solicitud, se colocará, para servirle, la nuestra, sin reparar en gastos, ni en sacrificios de ninguna especie.

LA DIRECCIÓN.

ANTES Y DESPUÉS.

Dos fases bien distintas de la vida del torero y que resumen, puede decirse, toda su existencia, han idealizado con chispeante lápiz, nuestros colaboradores artísticos, Sres. Perea y Giménez, en el magnífico trabajo que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores.

Representa el uno la alegría y bienestar de ánimo del lidiador de toros, cuando, terminadas sus peligrosas tareas, se entrega, durante el invierno, á las bulliciosas expansiones del cante y baile FLAMENCOS, con acompañamiento de BARBIANAS, aficionados y compañeros de glorias y fatigas.

Llamamos la atención sobre las dos principales figuras, llenas de poesía popular, de naturalidad y de gracia que dan un sabor verdaderamente típico al conjunto del cuadro.

Como vivo contraste, aparecen en otro término las cuadrillas, en el momento que precede á su formación para verificar el paseo, y cuando

los amigos de los diestros se separan de ellos, después de haberles dado la bienvenida.

Los alguaciles saludan al Presidente. El despejo se ha hecho. Las cuadrillas se disponen á entrar en la Plaza donde el público las espera impaciente para recibir las con entusiasmo.

Nuestro cromó de hoy, es, por tanto, como decimos antes, un pequeño pero elocuente resumen de la vida del torero, puesto en relieve y saturado de poesía por el sobresaliente ingenio de nuestros dibujantes.

Nada más bello, ni más oportuno que este verdadero cuadro, para preparación á la temporada taurina que debe inaugurarse en el día de hoy y que expresamente hemos elegido, por prestarse su asunto á la más palpitante actualidad.

Y cuenta que esta es tan sólo una pequeña muestra de lo que LA LIDIA ha de hacer para corresponder, como lo desea, al favor creciente de sus innumerables lectores.

DESDE LA TALANQUERA.

Al Sr. D. Luis Carmena y Millán, etc., etc.,

en Madrid.

MI QUERIDO AMIGO D. LUIS:

Valor se necesita, y perdone V. la franqueza, para pedir un artículo de TOROS á quien tiene hechas repetidas y francas declaraciones de no poseer migaja de afición ni pizca de inteligencia en la materia. Convidar á un lego, completamente ajeno á verónicas y recortes, pases naturales ó de telón, espadas de cartel ó defensa de tableros, á presentarse nada menos que en el afamado é importante periódico LA LIDIA (*The Times*, que digamos, de la tauromaquia), equivale á pedir peras al olmo.

¿Podrá darlas? Es probado que si se le cortan á un peral y se le cuelgan á un olmo, éste convidará liberalmente con su postizo y sazonado fruto. Valiéndome, pues, de tal sistema, registro algunos libros vulgares y encuentro en ellos los siguientes párrafos relacionados con el toreo.

Empecemos por la *Miscelánea de Zapata*, donde entre otras noticias taurinas referentes al siglo XVI, consigna que «en Brozas (provincia de Cáceres), teniendo alguno un espantable y temeroso toro, y que de fiero no se pueden con él averiguar, daséle á la Iglesia. Llegado el día de San Marcos, á la vispera de él, va el mayordomo á esos montes por él, donde no le para hombre que vea, y llegando en su asnillo ante el embajador de San Marcos, le dice: *Marcos, amigo, ven conmigo á Brozas, que de parte de San Marcos te llamo para su fiesta*. El toro luego, deja sus pastos, y manso vase delante de él; entra á las visperas en la iglesia como un cordero manso, y ponéle en los cuernos rosas y guirnalda las mujeres; y sin hacer mal á nadie, salesse acabadas las visperas al campo allí cerca. Otro día va en la procesion suelta entre la gente, y pasa por un arco del claustro, tan estrecho que ha menester para pasar ladear los cuernos, y esto sin que se lo diga nadie, y toda la misa se está en pié, delante de las gradas del altar mayor, y acabada de alzar la hostia postrera y de consumir alguna vez, sálese de la Iglesia á todo correr, como muchacho de la escuela, y vase por esos montes y jarales, volviendo á su braveza natural.»

Creo que á fin de aclarar lo que haya de verdadero en este caso y saber si hoy se repite, convendría mandar á Brozas una comisión compuesta de personas competentes, tales como los maestros Sres. Salvador Sanchez, *Lagartijo* y otros, para que informasen lo que se les ofreciese y pareciese tocante á la mansedumbre accidental del toro de San Marcos.

En las *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús*, referentes al siglo XVII, se hallan repetidas alusiones taurinas, de cuya importancia ó futilidad juzgará V. por las muestras que paso á copiar. Hablando de la lucha entre un león y un toro, en Diciembre de 1634, dice: «De Madrid me escribe un hermano grandes cosas de las fiestas de cañas y toros que se hicieron en el palacio de Buen-Retiro. Entró en ellas S. M. y con eso ya se ve que serian lucidas. Había el duque de Berganza enviado al Rey un león ferocísimo; quisieron probarle en estas fiestas, y trayendo el toro mas bravo de cuantos se pudieron hallar, le pusieron á ambos en la plaza. El león se estuvo quedo, y llegando á arremeterle el toro, él, como si no hiciera nada, de una manotada le abrió por medio, y dejándole muerto dió una vuelta muy despacio por toda la plaza, y luego volvió al toro y le lamó las heridas, y se estuvo junto á él hasta que el leonero le llevó. Dicen que fué fiesta muy de ver.»

La muerte del Corregidor Conde de la Revilla, parece que la motivó una mala corrida de toros, como se ve por el siguiente párrafo de carta fechada en Madrid por Julio de 1636: «Ayer, dice, hubo toros: fueron muy malos. No salió nadie de á caballo y hubo muchos de á pié, con lo cual tu-

vieron mucha confusion y poco entretenimiento.—El Corregidor de esta corte, que era el Conde de la Revilla, murió del cansancio y pesadumbre que le causó la fiesta de toros, habiendo andado mucho al sol, y de resultas de las palabras enojosas que el Conde-Duque le mandó decir con el alguacil Quirós, por haber sido malos los toros que se lidiaron.»

La moda de engalanar las mulas que sacan á los toros de la plaza, se debió á D. Juan de Castilla, Corregidor de Madrid en Julio de 1636, según se comprueba por estos renglones: «Hubo fiesta de toros por Santa Ana, patrona de esta villa. Llegaron cansados, y según los alientos que mostraron, á no estarlo sucedieran muchas desgracias.... D. Juan de Castilla, recién electo para Corregidor, hizo que las mulas que sacan los toros después de haberlos jarretado, salieron con grande bizarría; las gualdrapas eran de tela de plata con armas reales, grandes montes de penachos, y pretales con mucha cascabelada, que no pareció mal.»

Buenas debieron ser las fiestas de Montilla, por Julio de 1646, cuando á ellas consagran los minuciosos PP. Jesuitas las noticias que copio: «Cuando llegué á esta tierra estaba toda ella metida en fiestas de toros: hubolos solemnes y mucho, en Lucena, en Córdoba, Aguilar y otras villas de este partido. Excedieron á todos en magestuosa grandeza los de Montilla, asistiendo el señor Marques, el Conde de Cabra, y otros muchos caballeros de Córdoba, de Ecija y otros lugares. Eran los toreadores seis hombres traídos de Granada, grandes *ginetes de á pié* (*sic*) y que sin desembarazarse de capas, ni de armas, arrebozados como estaban, al salir los toros, hacian maravillosas suertes burlándose de la fiereza más agíl y suelta de aquellos brutos, que de verdad eran feroces y prestos; pero á pocos lances parecian burlados siempre de aquellos monstruos de ligereza y destreza humana.—No acometian todos juntos; guardaban turno, dándose lugar alternativamente sus lucimientos. Fué cosa de ver algunos dellos que salieron en caballos de caña á dar lanzadas, tan certeramente venturosos que daban con el más valiente toro en el suelo; y si tal vez se veían apretados se descartaban del riesgo con dar un brinco sobre los andamios mas vecinos.—Fué todo admiracion; y porque hubiese algo de festejo mas jovial, salieron á disposicion del señor Marques seis locos á caballo, escogidos por los más bizarros y célebres de cuantos produjo Montilla, feracísima patria de engendros tales. Iban estos sobre briosos caballos, y todo su fin era huir de los toros, asidos y echados de bruce sobre los pescezos de los caballos: nuevo y entretenido modo de *ginetes*. Hubo gran risa viendolos huir á todas partes sin atencion, sin tino, y al fin sin juicio. En medio de tanto regocijo solo estaba triste la señora Marquesa, por ver que sus hijos y padres (así llama á los seminaristas y PP. de la Compañía que aquí venimos), no pudiesen asistir á tan célebre espectáculo. Suplió su sentimiento con enviarles al campo un regalo espléndido para comer y cenar un día del cuatriduo.... Participé yo de todo, como parte ya del seminario, á quien precisamente se hizo esta fiesta.»

En otras cartas se mencionan los nombres y bizarro comportamiento de los lidiadores, precios de ventanas en ciertas fiestas y varias noticias semejantes, que á mi entender deben hallarse consignadas en las obras de Montes, Santa Coloma, Sánchez de Neira, Sánchez Lozano, el *Solitario*, Velázquez y Sánchez, y demás cronistas del arte, y ser de sobra conocidas por V. mismo, ilustre y erudito autor de la excelente *Bibliografía de la Tauromaquia*. En la obligacion de complacer á V., deploro hoy más que nunca mi impericia en asuntos de *garrocho* y *muleta*.

Si V. me convidara á fiestas de *horticultura* ó de *cocina*, que son las aficiones que me señorean, con gran gusto, calzando las botas y empuñando el legón ó el almocafre, departiríamos bajo los frondosos granados y naranjos del arcén de la reguera, sobre las mejoras obtenidas en el cultivo del apio y en la variedad de la patata manchega, por la cual acabo de recibir alto galardón de la Sociedad de Horticultores de Bélgica. Y luego, vestido con blanco gorro y limpio mandil, demostraría á V. que, si no de maestro, puedo servir plaza de oficial en cualquier sección de una mediana cocina. Riase V., mi querido Carmena, de los triunfos literarios, artísticos y militares; riase V. de los bailes, óperas y comedias, y, si es lícito, hasta de las... corridas de toros.—No hay triunfo, placer ni recreo que llegue al de contemplar de cerca á la naturaleza viéndola responder con precisión matemática á la mezquina ayuda que el hombre le presta, ni gozo y júbilo que se igualen con el de transformar en ricos y delicados manjares aquellas hortalizas ya muertas, y aquellos cadáveres que fueron en vida chochas y salmones ó lampreas y jabalíes.

Sospecho que va V. á llamar al cachetero para que remate la presente misiva. Reconozco la justicia del mandato y no me quejo; pero hago la súplica de que deje V. vivir el afecto y la gratitud que le profesa su amigo,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra (Medina Sidonia);
y Marzo á 19 de 1884 años.

UN HECHO NOTABLE DE PEDRO ROMERO.

Al Dr. Thebussem, etc., etc.,

en Medina Sidonia.

MI QUERIDO AMIGO:

Nunca podré celebrar bastante, aunque en ello haya algo de inmodestia, el que mi humilde persona sea ya por tres veces parte en que su bien tajada péñola, con tanto lustre empleada en escritos cervánticos, postales y gastronómicos, amén de otros muchos de varia y siempre sabrosa lectura, venga á ser usada con no menor brillo en trabajos relativos al arte taurino.

Podrá notar el que quiera, la incongruencia que resulta de que una persona indiferente á nuestra fiesta nacional y que casi nunca concurre á ella, le dedique y consagre bien pensados escritos para hacer su indirecto elogio, aportando documentos curiosos que vienen á probar su arraigo y popularidad desde remotos tiempos, y que serán de inmensa valía para ampliar y esclarecer varios puntos oscuros de la historia del toreo; pero el hecho es que tal alcance tienen sus preciosos artículos *De Re Taurina*, *Voz en Tauro* y *Desde la Talanquera*.

Gústete ó no, ha hecho V. brillante profesión en este arte, y á buen seguro que mi distinguido amigo Sánchez de Neira, que en estos momentos se ocupa en coordinar y redactar un *Apéndice* á su excelente *Diccionario tauromáquico*, no dejará de incluir á V. en el libro como notabilísimo escritor taurino, é ilustrador eficaz de la historia del supradicho arte.

No hay arbitrio, Doctor querido; ha ingresado V. en el gremio por derecho propio, y su ilustre nombre habrá de verse barajado en ocasiones con la gente de coleta.

Y vamos á otra cosa. Aquí debería yo, para corresponder á su finísima carta *Desde la Talanquera*, tratar de revelar algunas otras curiosidades tan interesantes como las que aquélla comprende; pero me veo precisado á hacer la risible confesión de que los copiosos y más preciados materiales que al efecto poseo, y con los que pudiera aderezar una epístola diez veces más extensa que la suya, los debo á la generosidad de V., que me los ha suministrado.

Opto, pues, por darle á conocer una muy mediana poesía dedicada al insigne maestro Pedro Romero, de que tal vez no tenga V. noticia, celebrando una acción heroica del citado diestro.

Todas las biografías del ínclito matador rondeño, se deshacen en elogios del aplomo, la pericia, el valor, las facultades, en fin, del que fué considerado en su época como el *Fénix de los toreros*. Son objeto preferente de sus investigaciones y juicios, las competencias de nuestro héroe con el renombrado *Hillo*, ídolo de chisperos, manolas y tablajeros, así como de la parte más corrompida de la aristocracia; conviniendo todos en que el arte metodizado y el valor sereno del Sr. Pedro, triunfaban siempre de los gallardos y fogosos arrebatos de su adversario, que explican su desastroso fin acaecido en el coso madrileño á los once días del mes de Mayo de 1801.

Disfrutó Romero desde sus primeros años en la profesión, sólida popularidad entre los buenos aficionados al espectáculo y fué objeto constante de consideración entre las personas de más valía. Antes de cumplir los veintitrés años ya tuvo la honra de que el apreciable grabador D. Juan de la Cruz Cano y Holmedilla, hermano del célebre sainetero, hiciera su retrato para incluirlo en la interesante *Colección de trajes de España*, que dió á luz el año 1777. Nada menos que una *Oda* dedicó Moratín el padre al diestro de Ronda, poniéndole en los cuernos de la luna. A él están también dedicados, el curioso y bien escrito libro titulado *La tertulia ó El pro y el contra de las fiestas de toros*, atribuido sin razón al citado Moratín, y el no menos notable, *Corridos de toros, sus ventajas y desventajas*, debido á la pluma del ex-Ministro de Marina Conde de Salazar. Con una canción en obsequio del célebre *Pedro Romero*, termina el rarísimo libro de D. Josef Gomarusa, *Carta apologética de las funciones de toros*, publicado en 1793, y son repetidos los elogios, canciones y estampas, hechos en loor de nuestro hombre.

Hay, sin embargo, un suceso, de que ni historiadores ni biógrafos han dado cuenta, cual es el de la muerte que dió á un toro que subió á los andamios y estuvo á punto de causar numerosas desgra-

cias. Cayó en mis manos hace poco tiempo un pliego en 4.º, de cuatro páginas, sumamente raro, impreso á fines del siglo pasado, en que se celebra aquel acto de arrojo; y aunque han sido inútiles hasta ahora mis pesquisas para precisar si el suceso acaeció en la Plaza de Madrid ó en alguna de provincia y determinar con exactitud el año, ofrece, en mi sentir, el documento interés suficiente para que sea conocido y contribuya en adelante á ilustrar las biografías del diestro.

Dejo, pues, de molestar con el fruto propio y trato de agradar con el ajeno, reimprimiendo á la letra el pliego, que dice así:

“ELOGIO
A EL FAMOSO
PEDRO ROMERO,
POR LA ACCION QUE PRACTICO

el 28 de Agosto, dando muerte á un Toro que
subió á los andamios, con lo qual se evitaron
muchas desgracias.

DECIMAS.

I.

¿Quién, Romero, podrá hacer
un elogio á tu valor,
si medido con rigor
á tu mérito ha de ser?
No lo podré encarecer,
por mas tiempo que consuma;
yo con energía suma
tu acción hiciera realzada,
si lo diestro de tu espada
lo tuviera yo en mi pluma.

II.

Contar todas tus acciones,
eso fuera molestar,
y querer multiplicar
sin efecto los renglones:
Cuentelas en las Naciones
la fama con su clarín,
porque yo resuelto en fin,
solo algunas tuyas cuento,
que hiciste con lucimiento
dia de San Agustin.

III.

A una hija suya brindó
Romero un Toro valiente,
y al herirlo (¡qué accidental!)
dos espadas le rompió:
Quien hiciese no faltó
de este lance algun mysterio,
pues Pedro con magisterio,
y con su impulso especial
á entender dió, que lo igual
con lo igual no tiene imperio.

IV.

Espada, Toro, y Romero
En esta lid batallaban,
y todos tres porfiaban
quien fuese en vencer primero.
Luchaba fuerte el acero:
resistía el Bruto airado:
Romero hiere alentado:
cada qual vencer queria:
y á el fin, la triple porfia
quebró por lo mas delgado.

V.

Salió un Toro que mostraba
solo un mediano valor;
esto era lo que el clamor
de el concurso publicaba.
Su fiereza no asombraba,
pero se pudo inferir
desde que se vió salir,
que era mucha su osadía,
pues soberbio pretendía
á tanta altura subir.

VI.

Despues que mil vueltas dió
los de á caballo dexando,
larga carrera tomando
á las gradas se subió:
Todo el que la acción notó
advertida con desvelo
dixo: salto desde el suelo
dado con tal brevedad,
debe llamarse en verdad
mejor que no salto, vuelo.

VII.

Aquí fue la confusion
con que cada qual queria
huir la muerte que veía
tan próxima en la ocasión:
Caer tantos de monton
á todos movió á piedad,
y aunque el Toro en realidad
se estuvo algun tiempo quieto,
un Granadero el objeto
fué de su ferocidad.

VIII.

¿No has visto en el campo quando
corta el segador la espiga
que con sudor y fatiga
todas las va amontonando?
Así el Bruto iba causando
tantos estragos, y males,
que en montones desiguales
con cada paso que daba,
por delante los llevaba
como espigas racionales.

IX.

Apenas Pedro Romero
vió aquel estrago que hacía
con notable gallardía
partió á el Bruto con su acero:
lo hirió valiente, y severo
con un impulso el más fuerte,
y el herirlo fue de suerte,
que en aquel confuso abismo
se notó que á un tiempo mismo
fue la herida y fue la muerte.

X.

Todo el concurso lo aclama
con ruidosos movimientos,
demostrando los contentos,
que se grangea su fama:
Cada qual á sí lo llama,
pero viendo que son vanos
los gritos, todos ufanos
con la comun expresion
el gozo de el corazon
substituyen con las manos.

XI.

¿Feroz Bruto, no mirabas,
que un Pedro Romero habia
que darte muerte podia
quando subir intentabas?
Como Bruto no pensabas,
que el subir es de temer;
tan de riesgo viene á ser
la subida en caso tal,
que es hasta en lo irracional
el subir para caer

XII.

Es Romero tu valor
raro, y sin par tu destreza,
que te dió naturaleza,
y adquiriste con primor:
No se conoce mayor,
tanto que decirte puedo
que á tu gallardo denuedo
rinden los Toros la vida,
y mas bien que de la herida,
mueren los Brutos de miedo.

XIII.

Echar lances con primor,
hacer suertes de mil modos,
es práctica que usan todos,
unos que otros mejor:
Pero ese raro valor,
que en tu brazo considero,
de muchos dudarlo quiero,
pues con acción poco vista,
antes que el Toro te envista,
le acometes tu primero.

XIV.

Es conocido tu anhelo,
quando en las fiestas estás,
socorriendo á los demas
con un piadoso desvelo:
Si alguno cae en el suelo,
sabes delante ponerte,
y jugando alguna suerte
con destreza distinguida,
escudo eres á su vida,
y el antidoto á su muerte.

XV.

Pienso que corto he quedado
en elogiar á Romero,
quando atento considero
su merito celebrado:
Si alguno hubiere notado,
que son mis aclamaciones
indebidas expresiones,
serán sus notas ruines,
yo prescindo de los fines,
solo alabo las acciones.

Se hallará en la librería de Arribas, Carrera de San Geronimo.

Y voy á terminar, que ya es hora, deplorando que mi supina ignorancia en asuntos de *horticultura* y *cocina*, en los que V. ha cosechado tan honrosos y merecidos lauros, no permita que departamos amigablemente sobre materia que le es tan grata. Importancia y mucha tienen también para mí los estudios gastronómicos, no desconociendo el dulce recreo que proporcionan; mas si como dice el gran Zorrilla

..... la vida es la armonía,
luz, peñascos, torrentes y cascadas.....,

creo perfectamente compatibles estos goces, con el puro é ideal afecto que despiertan la poesía y las

bellas artes, y aun con las rudas, pero grandiosas emociones que ofrece nuestra fiesta nacional.

Usted sospechaba que iba á ser preciso llamar al cachetero para que *rematara* su misiva, y eso que estaba V. empleando una *braga* de primer orden; yo tengo la convicción de que estoy abusando del *trapo* y merecía ya que hubiesen salido los *mansos*.

Hago, por tanto, punto final, no sin reiterarle antes el invariable afecto, la consideración y gratitud que muy de veras le profesa su buen amigo,

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

Madrid; y Marzo á 27 de 1884 años.

¿DOS PEPE-HILLOS?

Si la misión del historiador es la de relatar imparcialmente y con verdad los hechos que pasaron, forzoso es, en mi concepto, que no se limite á adquirir datos ó noticias más ó menos autorizados que no haya podido comprobar hasta con minuciosidad; que es un deber imperioso é inexcusable profundizar la materia de que se trate, aquilatando los grados de certeza de cuanto se haya dicho, escrito y publicado acerca del asunto, y, con sereno juicio, formar opinión, hasta convencerse de la realidad de los sucesos y aun de los incidentes que á los mismos acompañaron, causas que los produjeron y consecuencias que acarrearón. De este modo, las edades futuras podrán saber la verdad, difícil de aclarar y comprobar cuanto más tiempo pase, desde que los sucesos acaecieron y se escribieron, principalmente si, respecto de ellos, hay confusión ó divergencia de opiniones.

Conociéndolo así, he dedicado mucho tiempo y no he dejado de la mano la práctica de muchas pesquisas, para averiguar cuanto de cierto haya acerca de la edad y verdadero punto de nacimiento del célebre matador de toros José Delgado, Hillo. En mi *Diccionario taurómáquico*, dejé consignada la existencia de dos individuos del mismo nombre y apellido, fundado en que carteles del año de 1770 anunciaban como media espada á un José Delgado, que no podía ser el desgraciado Hillo, si era cierto, como aseguran reputados autores, que éste nació en 1768.

Por esta misma razón, y aceptando como base esta fecha, puse en duda en aquel libro la autenticidad de la carta que se cree escrita por Pedro Romero, en Cádiz, en ocasión de la célebre competencia que, en 1778, decláse habían sostenido ambos afamados lidiadores en aquella Plaza y luego en Sevilla; y decidí emplear cuantos medios estuvieran á mi alcance, para aclarar punto importantísimo, en mi concepto, á la historia del toreo.

Me creí obligado, ya que llevo algunos años trabajando para formar un tomo tercero de mi antedicha obra, á rectificar en él cuantos errores pudieran haberse cometido en todos los libros publicados, y formé decidido empeño en señalar con exactitud, hasta donde me fuera posible, cuanto al famoso diestro hiciese referencia.

Tuve noticia particular de que en la ciudad de Talavera de la Reina existía un contrato firmado por Pepe-Hillo; marché allá hace dos años, provisto de un *facsimile* de la firma original del diestro, y gracias á la amabilidad del señor Alcalde y de todos los individuos de aquel Municipio, tuve en mi mano y copié el documento original, que desde luego consideré auténtico por su forma y por su firma, y que hice publicar, antes que en ningún otro periódico, en el *Boletín de Loterías y de Toros*, decano de la prensa taurómaca.

No es del momento hablar del contenido del contrato originalísimo en su esencia, pero sí de mis confusiones y perplejidad.

Bedoya y Santa Coloma aseguran que Delgado nació en Sevilla, barrio del Baratillo, sin dar más pormenores; y el Sr. Velázquez y Sánchez, lo mismo que el Sr. Sicilia, afirman á su vez que aquel matador nació en Espartinas el 19 de Setiembre de 1768, y «que son erróneos los informes que se facilitaron al Sr. Bedoya, cuando escribió su historia del *Toreo*».

Con esta tan rotunda afirmación, que parece robustecida con los detalles de que el nacimiento se verificó en una hacienda llamada Villavilla, junto á San Lucar la Mayor, provincia de Sevilla, acepté como cierta esta fecha, cuando escribí mi libro «El *Toreo*,» pero apuntando en él siempre la duda que, constante y fija, he tenido acerca de la edad del célebre diestro; duda que, como antes he dicho, se formalizó resueltamente, cuando vi el contrato de Talavera, firmado de mala manera por aquél, que, como es notorio, no sabía escribir y ponia solo, en forma de palotes, «Joseph Hillo».



Si éste nació, como quieren los dos autores últimamente citados, en el año de 1768, ¿cómo era posible que torease á los nueve años en Talavera? ¿Cómo se comprende que, con su nombre, hubiese carteles en 1770? ¿No me acompañaba la lógica al dudar de la exactitud de tal fecha?

Preciso era, pues, aclarar punto tan confuso que no podía tener origen más que en una equivocación material de copia, ó en la existencia de dos toreros de igual nombre y primer apellido.

Empecé, por tanto, de nuevo mis investigaciones, diciéndome: Pepe Hillo murió en la Plaza de Madrid el once de Mayo de 1801; algo dirá su partida de defunción. La busqué en la Parroquia de San José, feligresía en la cual estaba enclavado aquel edificio en que trágicamente pereció tan buen torero; fué después al Hospital General, hoy Provincial, adonde, desde la Plaza, fué conducido, ya cadáver; y ni en uno ni en otro punto logré ver satisfechos mis deseos.

Sin desmayar por eso, recordando que aquella celebridad habitaba en la calle del Carmen y que ésta debía pertenecer á la Parroquia de San Luis, me dirigí á ella y se me dijo que en aquellos tiempos era auxiliar, ó aneja de la de San Ginés, en la cual, por fin, obtuve una copia de la partida de sepelio ó enterramiento que, como es sabido, se verificó en el atrio de dicha iglesia que da á la calle del Arenal.

Pues bien. En el libro parroquial señalado con el número 18 y al folio 271, consta de una manera auténtica, perfectamente legal, en forma que hace fe «que José Delgado Hillo era de unos 48 años, natural de la ciudad y Arzobispado de Sevilla, hijo legítimo de José y de Agustina Guerra, casado con María Salado.»

O este documento se refiere á otro Pepe-Hillo que no es el que dicen los autores mencionados, ó contiene errores de grandísima importancia. La persona de que en él se hace mención, no podía tener 48 años en el de 1801, si había nacido en 1768; no se llamaría Gálvez de segundo apellido, según ellos afirman, sino Guerra, y esto en el caso de que no se considerase tal la palabra *Hillo*, que no está puesta como apodo ó mote, sino en la forma con que lo he escrito: no sería hijo de Petronila, que es el nombre que dan aquéllos á la madre de Delgado, sino de Agustina; y finalmente,—y esto vuelve á introducir más confusión,—no sería natural de Espartinas, sino de la ciudad de Sevilla.

Quiero conceder, que por la menor escrupulosidad que entonces se observaba para hacer las inscripciones en los libros parroquiales, de la que ahora se observa, haya en dicha partida alguna equivocación ó error. Tal vez en ella se estampase que José Delgado era natural de Sevilla porque nació en aquel Arzobispado: también es posible la equivocación del nombre de Agustina por Petronila; pero encuentro ya muy dudoso, que sobre dichas circunstancias, se cometiese además error en el apellido Gálvez por el de Guerra y más aún que se dijese tener unos 48 años de edad, el que sólo alcanzaba, según dichos autores, 33 escasos.

Tales contradicciones aumentaron mi curiosidad, y con empeño he querido seguir buscando clara luz en el asunto, ya que había conseguido ver algo en él. Dirigí mi atención á la partida de bautismo de Pepe-Hillo, difícil de encontrar, en tratándose de papeles de fecha remota, cuando no existen datos fijos y exactos para reclamarlos, y falta conocimiento ó relación de amistad con los encargados de su conservación y custodia; y como la dilación se aviene mal con mi exigente curiosidad, escribí en seguida al pueblo en que, según se dice, había nacido Delgado.

Después de varias dificultades, y gracias á los buenos oficios del actual ecónomo de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de la villa de Espartinas, Sr. D. Andrés López Salas, que hasta el día 13 del pasado Marzo, no se encargó del curato, he podido obtener copia del documento que, sin duda alguna, tuvo á la vista el Sr. Velázquez y Sánchez para afirmar que eran erróneos los datos suministrados al Sr. Bedoya.

Consta y resulta de él, lo que dicho autor asegura respecto de la fecha del nacimiento—19 de Setiembre de 1768—de un niño á quien se pusieron los nombres de José, Ramon, Antonio, Jaunario, hijo de Josef Delgado y de Petronila Galvez su legítima mujer, feligreses de esta parroquial en la hacienda de Villavilla pero yo me atrevo á negar rotundamente que el comprendido en esta partida de bautismo, sea el que la historia conoce con el nombre de Pepe-Hillo.

Sin rebuscar papeles antiguos, y ateniéndome sólo á datos, ya publicados, á los cuales nunca, ni por nadie, se ha hecho objeción alguna, siento para ro-

bustecer mi afirmación las siguientes conclusiones.

Pepe-Hillo, dice Bedoya, trabajó en Madrid como espada en 1774.

Pepe-Hillo, prueba un cartel que posee el distinguido aficionado D. Francisco Reina, trabajó, como espada primero, en el Puerto de Santa María, en 1775.

Pepe-Hillo, mató como espada en la Plaza de Ntra. Sra. del Prado, de Talavera de la Reina, en el año de 1777.

Pepe-Hillo, tomó parte en la lidia en la Plaza de Cádiz en 1784 y muy ciertamente en 10 de Agosto de 1785, según cartel que conserva el buen escritor taurino y aficionado cordobés D. José Pérez de Guzmán.

Pues siendo estos hechos innegables, indudable también es que el Pepe-Hillo muerto en la Plaza de Madrid el 11 de Mayo de 1801, no es natural de Espartinas: no se llamó José Delgado Gálvez: ni nació en 1768; y que por el contrario hay motivos fundados para creer que nació en Sevilla próximamente en 1755 ó en los años más inmediatos á éste; que se llamaba José Delgado y Guerra, y que el Delgado nacido en Espartinas, ó sería el otro Delgado de que hago mención en mi Diccionario, ó tal vez ni siquiera haya sido torero.

Yo, que tengo el vicio de ser tenaz y persistente en cuanto me propongo obtener, continuaré mis investigaciones, pero excito la afición de cuantos se interesen por las glorias del toreo y por la verdad histórica, para que me ayuden en punto tan importante que he sido el primero en sacar á luz.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

LOS TOREROS DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO.

No se llamen á engaño los lectores. El título de este artículo no me pertenece. Es el de un libro curiosísimo é interesante en alto grado que acaba de publicar un aficionado insigne, rebuscador impertérrito de curiosidades taurómacas, autor de un libro monumental, *El Torero*, y de cuya erudición y talento pueden saborear una galana muestra, en este mismo número, los lectores de LA LIDIA.

Me refiero á D. José Sánchez de Neira, apresurándome con la sola enunciación de este nombre, á ondear el pabellón, antes de poner manos á la mercancía.

Los toreros de antaño y los de ogaño, es la segunda obra de Neira. No parece sino que el historiador y crítico que tan brillantemente llevó á cabo la labor abrumadora que los dos tomos de *El Torero* representan, haya querido solazar el ánimo y espaciar la imaginación, en un escarceo novelesco donde la pluma corre libre de las trabas que la tuvieron aherrojada tanto tiempo.

No es una novela, en puridad de expresión, el libro de Neira. Su primera parte, sobre todo, la que se ciñe á la psicología, si tal puede llamarse, de los toreros de ayer, es un *facsimile* de la época, una reproducción galvanizada por magistrales procedimientos de las fiestas de toros, á fines del pasado siglo.

Pero toda la robusta documentación que al trabajo acompaña, como testimonio de exactitud, no es obstáculo al colorido, á la viveza y movimiento deliciosos que la primera parte del libro contiene. Al contrario; la forma dialogada que Neira adopta de preferencia y pone en boca de personajes, reales unos, é imaginarios otros, presta al fondo rigurosamente exacto del asunto, una variedad y encanto irresistibles.

Neira quiere que el escritor supere al mero cronista, y lo consigue con creces. Su estilo es natural y corriente. Se ve que habla con convicción, ofuscado quizá á veces por las ilusiones de la perspectiva, pero siempre comedido, sin amaneramientos arcáicos, ni lirismos de mal gusto.

El cuadro resulta, por tanto, admirable, desde el punto de vista del autor. Digo esto, porque Neira, disgustado, seguramente, por el deplorable rumbo que en la actualidad han tomado las aficiones tauromáquicas, que rinden culto más á la personalidad que á la entidad, busca en los ejemplos del pasado, consuelo á las injusticias y apasionamientos del presente.

Por esa razón, y á fin de que el contraste sea más visible y obre con mayor energía sobre el ánimo del lector, describe al torero de antaño como ideal de belleza artística y moral, dechado de virtudes y espejo reluciente de valor y de honradez.

Libreme Dios de poner en duda las relevantes cualidades de los Romero, Costillares y Pepe-Hillo; pero hay en los juicios de la posteridad cierto espe-

jismo que así abulta las bondades, como disminuye los defectos de los que el fallo popular elevó á la categoría de héroes, con olvido de ese axioma eterno, según el cual la naturaleza humana ha sido, es y será siempre la misma en todas partes.

Pero fuera de esto, que me conviene hacer constar, para hablar con más desembarazo de la segunda parte del libro de Neira, la primera de *Los toreros de antaño y los de ogaño*, es sencillamente una obra maestra y revela en su autor dotes literarias que le impulsarán, seguro estoy de ello, á mayores empresas.

Quiero insistir sobre este particular. Neira revela ser, en su último libro, de la madera de los escritores. Hay en su estilo una galanura y una espontaneidad que reunen con mucho trabajo, cuando lo reunen, algunos literatos que hoy gozan injustamente fama de tales. Es preciso que Neira no permanezca inactivo. Puesto que sus aficiones al toreo son grandes y mayor su competencia, hay derecho á exigirle que recorra un camino mal trillado, en general, y en el cual puede el ingenio del escritor y la profundidad del historiador y del crítico prestar grandes servicios al arte y á los aficionados.

La segunda parte de *Los toreros de antaño y los de ogaño*, es una verdadera sátira, sátira cruel, violenta y, he de decirlo sin rebozo alguno, un tanto, y más que un tanto apasionada.

En la primera parte nos hallamos en el Ecuador. La temperatura de la bondad y de la virtud alcanza un número de grados asfixiante. En la segunda parte estamos cercados por témpanos de hielo. Da frío aquella atmósfera de vanidad, de ambición y de ignorancia que á los toreros y los aficionados rodea y estruja.

Como pintura literaria, la gracia campea en un terreno más propio y fecundo que en la primera parte. Neira fuerza voluntariamente el contraste y escribe con hiel y vinagre páginas llenas de vida y de color, pero cuyo pesimismo deja en el corazón penosa huella.

El fondo tiene mucho de verdad, hay conocimiento exacto de lo que hoy son y representan los toreros y los aficionados, pero la forma arrebatada y sañuda parece un telescopio que centuplica el tamaño de la sátira y la convierte en desbordado torrente de críticas y censuras apasionadas.

La verdad es que dominando, como domina en la actualidad, la pasión más irritante en las cuestiones de toros, se hace preciso recargar de tintas el cuadro de estas luchas vehementes, en las cuales la razón brilla siempre por su ausencia.

Por eso hay en la segunda parte de la obra de Neira, cierta irritación nerviosa producida, sin duda, por los desatinos que hoy pasan, como artículos de fe, en labios de ciertos pseudo-inteligentes que hablan y discuten de toros, sin entender una palabra del asunto, y se dan aires de lumbreras ante los ojos del *infinitus numerus stultorum*.

Pero con estos defectos que en prueba de mi imparcialidad he querido señalar, *Los toreros de antaño y los de ogaño* es una obra que todo aficionado debe leer diferentes veces. Muchos libros como el de Neira hacen falta, para purificar la atmósfera de las actuales aficiones taurinas.

Mi más cordial enhorabuena al distinguido escritor y mi súplica de que continúe en el camino que con tan brillante éxito recorren su talento, su erudición y su chispeante gracia.

Por lo demás, los toreros de hoy, serán, dentro de un siglo, los toreros de ayer, y cuando un nuevo Neira, busque contrastes entre antaño y ogaño, *Lagartijo* y *Frasuelo* serán héroes legendarios cuyas virtudes y valor se presentarán como ejemplo á la generación torera de aquella época.

—Rafael gastó veinte mil reales en regalar un magnífico vestido á Jesús Nazareno.

—Salvador, justificando su nombre, salvó de entre las llamas á una pobre mujer y detuvo los caballos desbocados de un coche, librando de una muerte cierta á las personas que ocupaban el vehículo.

Eso dirán las crónicas, y habrá quien encienda velas á las imágenes de los dos célebres matadores.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

ANUNCIO.

LA LIDIA.

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Colecciones completas del 2.º año de LA LIDIA, á 15 pesetas.—Elegantes tapas para su encuadernación, á 5 pesetas.—Descuento á los corresponsales, 20 por 100.

